

luto nos acosa y exaspera á todas horas. Es necesario observar atentamente los fenómenos, analizarlos con exactitud, definirlos con precisión, clasificarlos con método, generalizarlos con tacto, y no sentar una afirmación que la experiencia no pueda evidenciar.

Sostenemos, de acuerdo con estos sabios y en pugna con las enseñanzas del legislador de los cristianos, que otro tanto debe practicarse en orden á la moral, y que someter ésta bajo el régimen de la religión, conforme prescriben Cristo y Buda, vale tanto como corromperla...

La educación es un tema harto amplio para estudiarlo, en breves páginas, en todas sus partes. Así, pues, nos limitaremos á examinar estas cuatro siguientes, síntesis de las restantes:

Doctrina de la Iglesia en orden á la conciencia del hombre;

Conducta de éste, bajo la dirección de aquélla, para con la sociedad;

En el seno de la Naturaleza;

Respecto de la muerte.

Todo lo que digamos de la pedagogía eclesiástica habrá de aplicarse, *mutatis mutandis*, á lo que será un día la pedagogía revolucionaria. ¡Ay!, fuerza es confesarlo, aun durante la proscripción de los sacerdotes, la educación del pueblo ha sido eminentemente cristiana: no obstante ser generaciones del 89, del 93, de 1809, de 1814, de 1830 y de 1848, hemos sido formados—la posteridad dirá si ello ha redundado en desventura ó en dicha nuestra—*hijos de Dios y de la Iglesia*.

CAPÍTULO II

El hombre en su fuero interno.—Simbolismo del culto y de la oración.—Doble conciencia

V

La pedagogía de la Iglesia, paralelamente á su economía y su política, se fundamenta sobre el dogma de nuestra malicia innata, que antójasenos útil recordar.

El hombre, á causa de la infección de su naturaleza, no puede, por sí mismo, querer y practicar el bien.

«La virtud moral del hombre no justificado por Cristo—dice Lutero plagiando á San Pablo—se ayunta con el orgullo y la tristeza, es decir, con el pecado. De esta suerte, no somos justos porque obremos lo que es justo; empero, siendo justos, efectuamos lo justo.»

Sentado este principio, el problema de la educación redúcese para todo cristiano, y lo demostraremos presto, para todo espíritu religioso, á enseñar al hombre, juntamente con los preceptos de la moral, por sí mismos ineficaces, las prácticas sacramentales ó justificantes, cuya dispensa integra la especialidad propia de la Iglesia. ¡Ah! esta doctrina absurda, común á todas las religiones, incluso el deísmo, que transforma el hombre en un sujeto incapaz *a priori* de pensar, querer y producir sus actos, de permanecer fiel á condiciones refractarias á su propia esencia; esta contradicción psicológica, quizá nuestra razón, surgida del diluvio de crímenes que inunda la tierra, habría sido aceptada por todos, si á lo menos hubiese aportado á la tiranía del pecado algún

alivio. He aquí precisamente lo que negamos: afirmamos que si por naturaleza somos viciosos y perversos, la Naturaleza, por su método justificativo, nos pervierte más.

VI

Reproduzcamos mentalmente esas sociedades nacientes, cuyas costumbres apenas se esbozan, cuya conciencia todavía se inquiere. Surge un hombre, poeta, adivino, sacrificador, maestro de ceremonias. Ofrece al vulgo estupefacto, juntamente con las potencias sobrenaturales, su mediación oficiosa. En primer término, sugiere con enigmáticas muecas las imaginaciones; se le ve arrodillarse, ponerse en pie, invocar al cielo, como si platicara con un personaje visible sólo para él. Somete por el miedo, gana la confianza por el misterio. Después —es la función decisiva, constante, de su ministerio— dedícase á inspirar á las masas hábitos de piedad, á formar las voluntades y las inteligencias por los símbolos y ritos destinados á recordar incesantemente al pueblo, no la ley moral, que él, sacerdote del Altísimo, apenas conoce más que aquellos en cuyo nombre oficia, sino el sujeto trascendental de toda moralidad y de toda ley. Pongámonos en la presencia de Dios, reza el sacerdote. *Introito ad altare Dei*: he aquí la síntesis de la religión antigua. La Justicia, ciencia de verdad, cuyo título hallábase grabado sobre el racional de Aarón: la moral, predicada por el sacerdote y solamente figurada en la adoración, es reemplazada por otro sentimiento, el temor de Dios, las obras de justicia por los actos de latría, la virtud por la fe.

Ahora bien; ¿qué añade á esto el cristianismo, ley reparadora que debía reformar y completar la antigua? Repréndanos el sacerdocio católico si incurrimos en

error: su causa es para nosotros tan respetable y sagrada como la de la Revolución.

La ciencia religiosa, como la de las excelentes mujeres que curan por medio de fórmulas secretas, y la de los hipnotizadores que manipulan en virtud de fluidos magnéticos, redúcese á un repertorio de gestos y locuciones verbales sobre la fe revelada, inspirados por la sana intención de curar del pecado el alma y rescatarla al imperio de la prudencia.

¡Cuán admirable es la conciencia del cristiano, con su arsenal de palabras mágicas, encantos, anatemas, talismanes, contra la innúmero multitud de pecados y demonios! Este—dice en cierto pasaje el Redentor evangélico, hablando de un mal espíritu que sus discípulos no habían podido expulsar—este afronta la invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu, y hasta el nombre efficacísimo de Jehová. ¡Son menester la oración y el ayuno! El arcángel Rafael—este nombre significa Medicina de Dios—, para refrenar el ardor del joven Tobías, después de haber sahumado con el hígado del pez pescado en el Eufrates la cámara nupcial, ordenó al recién casado que pasase en oración de hinojos al lado de su esposa la noche de boda. Para otra diablura, aconseja la limosna. Empero, ¡grave inconveniente! la eficacia de la limosna tiene también sus límites: «Dad siempre, dad á la Iglesia lo que, repartido á los pobres, de nada os aprovecharía...» Huelgan los comentarios.

VII

Reflexionemos brevemente acerca de esta teurgia, inseparable de todo sistema religioso.

El hombre que, después de haber formado por la actividad de su entendimiento el concepto de Dios adopta esta idea en su razón práctica como sujeto, motivo y

sanción de la Justicia; el hombre, lo repetimos una vez más, será forzado, á la corta ó á la larga, á identificar su concepto con la función que su conciencia le asigna; es decir, habrá de realizarlo en alma y en cuerpo, y finalmente lo convertirá en su ídolo.

La substantificación del concepto divino, y por ende su animación, su personalidad, su encarnación, su historia, todas esas concreciones misteriosas que integran la teología dogmática, surgen de que el hombre primitivo atribuye á un sujeto metafísico, diverso de él, la autoridad justiciera, que es su prerrogativa.

La misma evolución, de lo abstracto á lo concreto, obsérvase en los actos del culto.

Luego de haberse creado un Dios, á requerimientos imaginarios de su conciencia, el creyente concluye—no puede menos de hacerlo—que, entre su alma y la Divinidad, existe cierto nexo, una relación. El hombre de una fe más radiosa apercebe presto, fuera de la conciencia, en las facultades de su ser y en los fenómenos de la Naturaleza, esta relación que los teístas discretos reducen á los arcanos de la conciencia y á la que atribuyen las inclinaciones virtuosas del alma. La Divinidad manifiéstase por doquier, para el verdadero creyente. La distinción entre las cosas espirituales y corporales es una pura ficción de la dialéctica: por eso, el teísta que admite relaciones positivas entre él y la Divinidad, propende forzosamente á exteriorizarlas, á inquirir su huella en ciertos fenómenos materiales, símbolos ó signos de la acción divina, á los que concede, en su consecuencia, igual eficacia que á una impresión inmediata de Dios.

La fe en los sacramentos, por tanto, forma parte integrante de la fe en la Divinidad: toda religión *natural*, aunque se halle arraigada apenas y por escasa que sea su evolución, se transforma pronto ó tarde en religión REVELADA, toda adoración del espíritu tradúcese en genuflexiones.

¿Qué es, pues, el sacramento más que un puro fetichismo? De la profesión de fe de *El vicario saboyano* á la del salvaje, media igual distancia que del principio

á la consecuencia: dedúcese de aquí que, entre los dos, no habría por cierto más razón el filósofo, á menos de fundamentar siempre sobre la inconsecuencia la filosofía.

VIII

Dícese: como el agua lava las máculas del cuerpo, así la ablución sacramental, llevada á efecto según el rito sagrado, con la fe, ó solamente con la intención, purifica de su mancha de origen el alma. ¿Qué nos enseña este misterio de la religión? Que, en principio, toda la Naturaleza hállase impregnada de la Divinidad; que los fenómenos que nos sorprenden tanto, son relaciones, no sólo del orden físico, sino también del orden divino: que, por consiguiente, para lucrar la gracia por medio de los mismos, es suficiente unirnos—intencionalmente—, con la divina Misericordia, á la vez que cumplimos—corporalmente—sus prescripciones. He aquí por qué, en el sacramento, la *materia* es algo más que un signo ó un símbolo; adquiere una virtud sobrenatural, por la que es precisa á la realización del misterio. No cabe dudar, por ejemplo, que el agua es indispensable para la regeneración cristiana: que si suprimís de la profesión de fe del neófito la infusión líquida, á pesar de todas las invocaciones, no hay bautismo y el pecado subsiste. Muy al contrario, si un incrédulo, un judío, ó un mahometano, bautiza al recién nacido, pronunciando sobre él la fórmula: *Yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, el niño es cristiano, posee la gracia celestial; si muere, verá á Dios.

El pensamiento religioso, después de haber concebido el mundo trascendental, atribuye á este, por mediación de las creaturas visibles, efectos sobrenaturales. De aquí los milagros realizados por el nombre de Jeho-

vá, el manto de Elías, el báculo de Eliseo, los clavos de la verdadera Cruz, los huesos de los santos; de aquí la virtud otorgada al santo crisma, á los santos óleos, á las imágenes, medallas, escapularios, etc., que la Iglesia reputa, para agradar á Dios, intermediarios, instrumentos de la acción de lo alto. De aquí, en fin, esa propensión de los ministros del culto, y en general de todos los creyentes, á satisfacerse, en orden á los indiferentes, con demostraciones exteriores; confían siempre que, en virtud de la eficacia que plugo á Dios donar á los símbolos de su culto, el acto material, influyendo sobre la voluntad, suscitará la fe. La simple asistencia á la misa, una contrición aparente, nada basta á su piedad. Tíldaseles de hipócritas: ¡grave error! Eso que el mundano moteja aquí de mueca y que, de su parte, constituiría una indignidad, prueba justamente la sinceridad del fiel.

IX

Cuando, en 1848, innúmeras comunicaciones, surgidas de todos los puntos de Francia, pedían á la Asambleta nacional que se nos expulsase por *ateos*, recibimos una carta remitida desde una provincia. La forma de letra era magnífica, la ortografía impecable; la redacción de castizo estilo. Ni firma, ni fecha; sin embargo, habíala escrito una mujer, según confesión propia, todavía joven, perteneciente al gran mundo, que frecuentaba los salones, *asistía al baile, cuando había bailes*, y que, á partir de proclamación de la República, no se preocupaba, al parecer, más que de las cosas de Dios. Dentro de la epístola, una medalla de la Virgen, pendiente de un cordón de seda.

«¡No queréis Dios!—nos decía—. ¡Desgraciado! ¿Qué queréis entonces?... No me conocéis; probablemente no

me conoceréis nunca: empero me habéis hecho más bien que mal... Os ruego que me perdonéis: llevad esta medallita, tan preciosa para mí, y nuestra piadosa Madre os salvará, aun á despecho vuestro. Os la envío sin que mi esposo lo sepa: estoy cierta de que aprobará mi acción. Es también un intelectual, aunque con la diferencia de que cree en Dios y le adora.»

Inmediatamente, colgamos de nuestro cuello la medalla... Desde entonces acá han transcurrido largos años; nunca lamentaremos cumplidamente aquella imprudencia. ¿Cabe imaginar á un *ateo* ostentando una medalla bendita? Suponed que un día, á consecuencia de un accidente acaecido en medio del arroyo, el médico de guardia hubiese descubierto sobre nuestro pecho aquella reliquia: ¡qué escándalo! ¡Qué comentarios! ¡Nuestra reputación habríase abismado de un golpe y para siempre! ¡Ah! sesos de piedra, según la frase de Cristo, cuerpos sin alma, perdiendo la fe en Dios, hemos lucrado la fe en la humanidad, esa fe que se define Justicia é indulgencia. ¿Qué nos importa la devoción más ó menos supersticiosa de una mujer? ¿Qué pueden influir sobre nosotros sus pretensiones á la santidad y á la literatura? No creemos en su genialidad ni en sus milagros; empero sí en su heroísmo, en su abnegación, en esa ternura sobrehumana que, á pesar de la fe, protesta en ella contra la condenación del *ateo*; apreciamos la sublimidad de su sacrificio y reverenciamos en ella la conciencia del género humano. Ese cordón, esa medalla, baratijas ridículas, mas plenas de los efluvios de un alma doliente y apasionada, han sido para nosotros un talismán que nos ha forzado á refrenar la cólera en orden al hombre y la ironía con relación á la mujer. Muy cierto que no se ha realizado el milagro esperado por nuestra piadosa amiga; empero ella sabrá, si lee estas líneas, que hemos satisfecho sus deseos, y que podremos alegar, en el tribunal del Juez Supremo, haber tenido en nuestra vida un cuarto de hora de buena voluntad.

X

Lamentaríamos que se dijese que nos burlamos de un tema que se presta tanto al ridículo: el libertinaje en materia de religión se ha iniciado en los días de Voltaire. Mas ¿quién no apercibe que el cristianismo, residuo final del paganismo, se resume aquí en toda su integridad? Sin fe en los sacramentos, en las reliquias, en las imágenes, no hay religión. No existiendo límites en lo absoluto, ni distinción entre el mundo de la Naturaleza y el mundo de la gracia, el mismo pensamiento que inspira esa terapéutica del alma, ha sugerido, para satisfacción de los intereses materiales, múltiples prácticas, igualmente autorizadas, cuando no impuestas por la Iglesia: así, pues, podemos discernir el carácter de éstas por el valor de aquéllos.

Nada impide, afirman los devotos, que quien puede librarnos del pecado, nos preserve también de todas las enfermedades y accidentes. En virtud de este principio, débese acudir siempre y por cualquier motivo á la Divinidad. En su consecuencia, hay fórmulas contra el influjo del espíritu maligno, para todas las circunstancias de la vida: nacimiento, pubertad, esponsales, matrimonio, preñez, parto, salida á misa de purificación, destete, enfermedades, muerte, etc.; para todos los actos: levantarse, acostarse, trabajo, reposo, visitas, paseos; para todas las fases del tiempo: solsticios, equinoccios, lunas nuevas, semanas, mañana, mediodía, tarde; para todos los sucesos: cuando el rey marcha á la guerra y cuando regresa de ella, cuando un comisario toma posesión, cuando se preconiza un obispo, cuando se edifica una casa, cuando se inaugura una mina, cuando se bota al agua un buque, cuando se pone la primera piedra de una iglesia ó se bautiza una cam-

pana; para todos los accidentes y calamidades: lluvia y sequía, tempestades, granizos, heladas, inundaciones, incendios, hambre, peste, epizootia, etc. La prensa nos ha contado que durante la bendición de varias canteras por el obispo de Viviers, asistido por su cabildo, se desprendió de la montaña un bloque cuyo peso excedía á cien mil toneladas; importa no olvidar que habíase prendido la mecha de un barril que contenía 10.000 kilogramos de pólvora.

Existen santos dotados, por permisión divina, de prerrogativas especiales para librarnos de pestes y enfermedades, naufragios, fieras, insectos, fiebres, heridas, escrófula, sarna, lepra, pústula maligna, disentería, epilepsia, hidrofobia; santos para la morriña, las úlceras, los reumatismos, las hemorroides; patronos para todos los oficios, asociaciones, parroquias, ciudades, provincias y naciones. El cristianismo usurpa todas las funciones de la política, la economía, la medicina, la estrategia; sus recetas son la panacea universal: *Ite, docete omnes gentes.*

XI

¿Acaso el hombre, criatura de cuerpo admirable y alma sublime, destinado á encarnar el tipo generoso de la vida moral, se abisma con cierta delectación en este océano de supersticiones? ¿Obra quizá bajo la instigación de un espíritu envidioso, por un castigo de la Divinidad, ó por un horrible complot del sacerdocio?

Reputariásemos por volterianos retrasados si no revelásemos, hasta en esta humillación en que la *fe* puede sumir al hombre, la magnitud de su pensamiento y la poesía de su conciencia.

Hablamos para instrucción de una Iglesia ignorante de sus propios misterios; no precisa, en realidad de ver-

dad, corregir aquí más que un *quidproquo*. Variad la dirección: toda esa sinrazón apocalíptica se transformará en la epopeya de la humana virtud.

Ese origen de todo bien y de toda santidad, que el alma religiosa denomina su Señor, su Cristo, su Padre, es el mismo que ella contempla en el ideal de su potencia y su belleza. Virgilio lo ha dicho en términos muy expresivos. Dios es la potencia eterna de la humanidad:

¡O Pater, o hómimum divunque aterna potestas.

Esos genios, esos ángeles, esos santos que forman el cortejo del Altísimo, son las facultades del alma, que ella encarna y personifica, para invocarlas al punto como sus patronos y protectores. Hasta ese monstruo de maldad que se titula Satán, es ella, en la idealidad de su ignominia. Esa adoración sin límites, ininteligible para el sacerdote como para el vulgo, es el himno perpetuo que ella entona exhortándose á pensar, amar, decir y obrar bien, la *rapsodia*, eternamente nueva, de sus luchas, sus derrotas y sus triunfos, el aletear que la remonta hacia las sublimidades de la JUSTICIA.

Taña alucinación, observaréis, sería más estúpida que la misma religión, cuyo misterio preténdese explicar. Nada más natural, sin embargo.

No pudiendo el hombre, en los primeros tiempos, inquirir en sí la Justicia cuyo sentimiento experimenta, es impulsado por la constitución de su entendimiento á escudriñar fuera de su conciencia un sujeto donde ella resida; entonces invoca al Juez justo, así contra los enemigos que le amenazan como contra sus propias inclinaciones; pide que le aconseje, auxilie, fortalezca, purifique y haga progresar en la virtud. De esta suerte, el alma invoca, ruega y suplica á sí misma; evoca á su propia conciencia; su plegaria no será, en último término, más que la expresión del yo que se conjura bajo el nombre de Dios; carecerá de sentido, no será inteligible sino por esta prosópopeya.

Un ejemplo, familiar á nuestros lectores, y que sintetiza toda la religión, todo el breviario, explicará sufi-

cientemente *esta enajenación* del alma humana, que, confundiéndose con Otro, se invoca, se adora, á ejemplo de la Eva de Milton, sin conocerse.

XII

¡Pater!

Evocación á la perfección soberana, acto de sumisión al orden eterno, de abnegación por la Justicia, de fe en su reino, de moderación en los deseos, de arrepentimiento de las faltas cometidas, de caridad para con el prójimo; reconocimiento del libre arbitrio, invocación á la virtud, anatema al vicio, afirmación de la verdad: la moral de cuarenta siglos resúme en las humildes y conmovedoras palabras, que la tradición cristiana atribuye á su Hombre-Dios.

¡Cómo esta plegaria, más en armonía con los corazones que con las inteligencias, mitiga las penas, afirma el espíritu próximo á desfallecer, cambia en fraternidad el rencor, desvanece las dudas! Cuando el mendigo, degenerado, embustero, holgazán, nos acosa, profanando con sus labios miserables la maravillosa plegaria, sentimos, aun á despecho nuestro, impulsos de socorrerle; tal es la gracia de esta palabra verdaderamente evangélica: *¡Pater noster!* ¡Ay! á excepción de algunos, muy escasos, privilegiados de la ciencia, he aquí todo lo que el pueblo sabe de sus derechos y sus deberes. Además del Decálogo y de la Oración dominical, nada. ¡Algunas frases, en veinte siglos! ¿Para qué sirven los sacerdotes?

La Oración dominical, interpretada literalmente—á imitación de la Iglesia—, no es más que un mosaico de ideas estúpidas, contrarias, inmorales é impías. Cabe deducir de su texto hasta una docena de herejías condenadas por la Santa Sede; quizá, fundamentándose sobre

el vocablo *Pater*, en la acepción empleada por el sacerdocio, Jerónimo Lalande concluye que su autor era ateo.

Empero escudriñad bajo la letra, siempre absurda, cuando se trata de preces y se os antojará de una moral y de una racionalidad incomparables esta misma oración.

¡Padre!—¿Padre de quién, padre de qué? ¡El Dios cristiano engendra á la manera de Júpiter, á quien Homero titula muy justamente *padre de los hombres y de los dioses!* Esta interpretación es absurda. ¿Será menester estudiar psíquicamente el problema, y decir que el alma, emanación de la Divinidad, atestigua aquí su origen celestial? Empero la generación de las almas por el Altísimo no es menos errónea que la de los cuerpos; además, la Iglesia ha condenado la teoría de la emanación: no creemos que la filosofía se proponga rehabilitarla. ¿Diremos que Padre significa aquí Creador? La idea, en efecto, es ortodoxa; mas no cabe dudar que el alma religiosa, hablando á su *Padre*, no comprende que este padre es también el autor de todos los otros seres. El Creador, pues, no explica el Padre; prosiguiendo el raciocinio, la intención evidente del texto, exige más. ¿Adoptaremos el nombre de Padre como sinónimo de soberano, patrono, maestro, modelo, según el sentir de la frase de la Escritura: *Sed santos como yo soy santo?* Así, en los conventos, titúlase el jefe *abad* ó Padre; en la confesión, el penitente llama al sacerdote padre mío; nosotros decimos los Padres de la Iglesia, etc. Ahora bien; ¿quién es este padre, administrador y prototipo del alma que le ruega? En opinión de la Iglesia, es Dios, un ser excepcional, á quien suponemos infinitamente bueno, sabio, omnipotente, á cuya imagen hemos sido creados, y único que puede entendernos y satisfacer nuestros deseos. Aseveramos que este Padre no es más que la misma alma, magnificada á sus propios ojos por el concepto de la idea social ó de la Justicia, sublimizada por este concepto del derecho, y que incapaz de reconocerse con este carácter supremo, interpélase bajo un hombre cabalístico, excitándose á la virtud por la

contemplación de su ideal. El que tras de esto conciba al *Padre* como creador de la Naturaleza, significa que, habiendo logrado por la Justicia el sentimiento de lo infinito y fijándose ella misma como infinito, comprende en esta categoría suma toda causa, toda idea, toda potencia, toda vida, porque el infinito debe integrarlo todo, ya que es uno. El alma entonces es el Yo absoluto, es Dios.

Que estés en los cielos.—¿En qué cielo? Puede creerlo así el judío que formaba de metal el cielo, alojando luego en él, como en un palacio, á su Jehová; otro tanto diremos de los paganos y cristianos del siglo I. Empero en nuestros días, esta localización material es imposible. El cielo es por doquier y en ninguna parte: al pie de la letra, es un vocablo sin sentido. Precisa, pues, recurrir al símil; el cielo es la cumbre de la creación, el pináculo del Olimpo entre otras varias cimas, según la frase de Homero, *Ἀκροτάτη, κορυφή πολυδαίδαλος Οὐλύμποιο*, lo más excelso entre todos los reinos agrupados de la Naturaleza. *Padre nuestro, que estés en los cielos;* es decir, ¡soberana esencia, origen de la Justicia, elevada sobre todas las criaturas!—Dios, argüiréis—. Radicalizáis demasiado la interpretación, y os satisfacéis con bien poco. El alma no puede crear, conocer y afirmar sino aquello de que posee el sentimiento ó la experiencia: en este orden no tiene más sentimiento que el de sí misma, de su yo, por nada igualado en el mundo visible y que descubre á través del telescopio de la contemplación trascendental. El alma aseméjase en este punto al niño que, aprendiendo á hablar, antes de decir yo, se designa por la tercera persona: ¿deduciréis de la palabra ingenua del párvulo que él es doble?

Santificado sea tu nombre.—El nombre, según el vibrante estilo oriental, equivale á la definición, es decir, á la esencia. Mas ¿á quién puede convenir aquí el voto de santificación? ¿A Dios? ¡Imposible! Dios, á despecho de todas las blasfemias é idolatrías, es inviolable. El alma, por ende, piensa, en realidad, de muy otra suerte que habla; cuando dice á su Padre: *Santificado sea tu nombre*, impétrale: ¡Que, por la contemplación de mi

pura esencia, me santifique y sea cada vez más semejante á mí misma, á mi tipo, á mi ideal! En otros términos, la famosa y menos enfática sentencia del oráculo de Delfos que encarecía al hombre: *¡Conócete á ti mismo!* Aunque se violente el sentido de las palabras, no venimos á parar en el cielo. El *santificetur* nos hace descender en la humanidad: el Evangelio y la Pitonisa son de acuerdo.

Venga á nos tu reino.—El reino de Dios es eterno, dice la Escritura: no se halla sujeto al tiempo. Esta proposición no puede, por consiguiente, afectar más que al hombre, ser progresivo, susceptible de avanzar indefinidamente en orden á la Justicia, y para quien el reino de Dios no es otra cosa que la exaltación de su propia ciencia y la plenitud de su libertad. La intervención de Dios en este reino es nula.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.—Ningún obstáculo puede oponerse á la voluntad del Todopoderoso; adoptada en la acepción estricta de los términos, esta plegaria sería una impertinencia. Por otra parte, no se comprende mejor la asimilación de la tierra al cielo, á menos que no empleemos el vocablo *tierra* en un sentido figurado, conforme acabamos de verificar con la palabra *cielo*. Supongamos, por tanto, que se trata de la voluntad del alma justa, voluntad sin mácula, análoga á la de Dios, cuya figura es la idea que antes se nos antojaba estúpida, tórnase ahora sublime. ¡Obre tu voluntad, ó mi alma, en la región inferior de mi conciencia, paralelamente á como se produce en las excelsitudes de mi entendimiento! Veo el bien y me encanta—ha escrito el poeta—, *video meliora proloque*; ¿por qué realizo el mal? *Deteriora sequor!* ¿Será el azar quien ha formado en el *padrenuestro* esa antítesis formidable de ininteligibles é incoherentes pensamientos y maravillosas interpretaciones morales eminentemente racionales?

El pan nuestro de cada día dánosle hoy.—La especie humana, esclava de la culpa, es mendicante: he aquí su argumento supremo á favor de la Providencia. Es imposible, sin embargo, admitir, aun creyendo ciega-

mente, una divinidad atareada por estos cuidados cotidianos. Dios ha dispuesto, desde la eternidad y para la eternidad, el orden del mundo; no lo altera á capricho nuestro, sino según nuestro mérito ó demérito. Incurrimos cada vez más en el antropomorfismo, opuesto á la fe ortodoxa. Empero esa redundancia *de cada día y hoy*, para significar día por día, con norma de precio y medida, tan ofensiva para Dios, Ser absoluto, implica una filosofía profunda aplicada al ser contingente, á la humanidad. Significa, refiriéndonos á proposiciones anteriores, que si el orden moral—divino—, considerado en su conjunto, se regula según la eternidad, no se realiza en la aplicación más que según el tiempo. *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, es decir, haznos conocer hoy, y en todas las circunstancias de nuestra vida, lo que debemos realizar para cumplir el plan eterno. ¿No dice Cristo que es el *pan de vida*? Este es la ley del trabajo para los individuos, de transición para las sociedades, la más disciplinaria y moral de todas las leyes.

Y perdónanos nuestras deudas.—¿Qué cuenta existe entre Dios y el hombre? ¿Qué contrato entre lo finito y lo infinito, lo necesario y lo contingente, lo absoluto y lo relativo? ¿Dónde se ha signado este pacto? ¿Quién ha redactado sus cláusulas? ¿Quién lo ha suscrito en representación nuestra? ¿Quién clasificará las particiones? ¿Qué renta se ha estipulado entre el autor de las cosas y su arrendador? No reclamamos el dominio absoluto de la tierra que laboramos y regamos con nuestro sudor: la Naturaleza que nos secunda y el trabajo que se nos impone como ley, son nuestros únicos títulos. Empero no conocemos el propietario... Este primer inciso de la frase es ininteligible; veamos la continuación.

Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.—La correlación es flagrante. Así nuestras relaciones con el prójimo son la norma de nuestras relaciones con Dios. Como obre, así él obrará conmigo. Por segunda vez el orden de lo alto es considerado la contraparte del de acá abajo, empero con la diferencia de que nuestra voluntad debe adaptarse á la de su Dios, su modelo, *sicut*

in cælo et in terra; ahora la voluntad de lo que Dios anuncia debe obrar según la mía. ¿Quién nos explicará este enigma?

Interpretad literalmente la frase y os desafiamos á que encontréis la clave. Acudid á los tópicos y erraréis una vez más. El alma que ruega exhórtase al bien por la contemplación de su belleza esencial; empero, á la vez, se reconoce sujeta á fracasar en las luchas cotidianas de la vida animal. ¿Cómo resurgirá de sus caídas? Por el amor. No hay justificación para el hombre que no ama, es decir, que no perdona, que no inquiere juntamente la realización de la Justicia en sí mismo y en sus hermanos. Tal hombre no es un santo; es un hipócrita, un apóstata. *La caridad os salvará*; esta frase del Evangelio es el principio de la Justicia nueva, que, perdonando, purifica, en oposición á la Justicia antigua, que no sabe más que odiar y vengarse.

Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos...—Sin comentarios. Que el sentimiento de nuestra belleza celestial nos redima de las atracciones inferiores; he aquí el sentido. Es una repetición de las primeras frases de la plegaria, un retórnalo al modo de las antifonas religiosas y según las reglas de la versificación hebraica. Los teólogos han fundamentado sobre esto su teoría de la gracia eficaz, sin la que el hombre no puede realizar el fin ni levantarse de sus caídas, empero que nunca falta á quien la impetra: literalismo absurdo, en pugna con la moral y la filosofía.

De Mal.—Al final descúbrense la alegoría. Personificada bajo el nombre de Padre la idealidad virtuosa, la contraria personificase bajo el nombre de Mal. Una de estas dos personificaciones destruye la otra; la plegaria, procediendo de la tesis á la antítesis, empero manteniéndose siempre en el orden alegórico, concluye como empezó. Los cristianos, á ejemplo de los magos, han transformado el pecado en un ser real, creado en opinión de unos, increado según otros, enemigo irreconciliable del Padre, cuyas facultades, pasiones y goces son para el bien. Era lógico. Quien afirma la existencia de Dios, asevera que existe el diablo; mas como el siglo

no cree en el diablo, y aun la misma Iglesia se avergüenza de este dogma, habremos de concluir á nuestra vez que quien niega al diablo niega á Dios, á lo menos como preceptor, modelo y juez de nuestra moralidad: nada nos importa en orden á sus restantes prerrogativas.

Amén.—Voz hebraica que significa *así sea*. ¡Cómo *así sea*, esa lista de ideas mistagógicas, incomprensibles—hablamos de la Oración dominical según la interpretación cristiana—; el apocalipsis, ese embrollo, sería el sumario de nuestra fe, la regla de nuestra razón, el sostén de nuestra virtud, la garantía de nuestra inmortalidad! ¡Padre, que estás en los cielos! Si fuéramos cristianos, recitaríamos siete veces cada día la oración que Cristo, tu hijo putativo, nos ha enseñado, sólo para impetrar tu conocimiento.

XIII

Apenas nos importa que Cristo sea el autor del *padre nuestro*, según pretenden los evangelistas; ó que implique un conjunto de fórmulas impetratorias transcritas en todos los eucologios, conforme sostiene la crítica moderna. Atendemos la inspiración, no el estilo. Formulada respecto á su idea y á la fecha, quince siglos más tarde que el Decálogo, la Oración dominical precede quince centurias al Código del Sinaí en cuanto á la forma. Es el mito de la moral: igual que el discurso de la serpiente á Eva y el sacrificio de Abraham. Entre Moisés, poniendo en boca de Jehová un lenguaje análogo al usado por los pretores romanos en sus tribunales, *No matarás, No robarás, No jurarás en vano*, y Cristo rogando á su Padre, media tanta distancia como entre las leyendas de Hércules, Perseo, cantadas por los poetas, y la guerra del Peloponeso, narrada por Tucídides.

¿Es, por ventura, tan difícil de comprender que el hombre que ruega á Dios aseméjase al poeta que invoca su musa, á quien evoca su genio, su conciencia? Desde Homero, y probablemente desde largo tiempo antes, somos desengañados de la ficción poética: ¿cuándo nos acaecerá otro tanto con la ficción sacerdotal? Muy cierto que nada ha perdido nuestra razón por hablar en prosa; ¿habrá de sucumbir nuestro sentido moral porque no cesemos de recitar *Pater noster*?

Cuando Safo, en su oda á Venus, conjura á la diosa de la belleza para que le restituya su amante infiel, y dice: *Combate conmigo*, habla á su propio sexo, cuya atracción invencible es menospreciada en su persona. Cuando Hipócrates, en su magnífico juramento, que es como el himno de la conciencia médica, invoca á Higias, Esculapio y todas las divinidades de la Medicina, jura sobre su propia vida, cuyas misteriosas facultades integran el objeto de su estudio. Cuando Sócrates recomienda á su discípulo Antístenes que sacrifique á las Gracias, es como si le dijese: «Nada impide que el filósofo sea pobre: empero nunca debe ser incorrecto y sucio.» El culto cristiano es una excepción de esta serie. Mas ¿cómo demostrarlo?

XIV

Nadie ignora con el *Pater noster* la lista de la devoción cristiana: *Credo, Confiteor, Benedicite, Gratias, Veni Sancte, Sub tuum, Angelus, De profundis, Gloria patri*, el oficio parroquial, las horas, visitas, rosarios, etcétera. Ninguna de estas preces místicas, de cuya esencia participan todos los cultos, deja de encubrir algún pensamiento moral, que la reflexión permite entrever, pero que la teología desvanece en absoluto.

¿Quién no ha oído hablar del agua, de los cirios, de los ramos benditos, de los santos óleos, del santo crisma,

de las medallas, escapularios, reliquias, cruces y signos de cruz, genuflexiones, reverencias, plegarias, jáculatorias? Actualmente la Iglesia esfuerzase por poner en vigor sus días festivos y laborables, los días de carnaval y de ayuno, sus casamientos y desposorios: los advientos, cuaresmas, novenas, vigiliias ó veladas, vísperas y octavas. En cuanto á los ayunos, cilicios, disciplinas, abstinencias, votos temporales ó perpetuos, no se los conoce fuera de las casas conventuales. Ahora bien; ninguna de estas prácticas, de una devoción minuciosa ó cruel, ha dejado de ser, en sus orígenes, el símbolo de algún ejercicio virtuoso, imaginado para sustentar el entusiasmo del alma, y que el materialismo clerical ha degenerado con el tiempo en una superstición absurda.

¿Qué no se ha dicho á favor y en contra de las indulgencias, concepto ridículo, intérpretese conforme plazca, aun en el sentido en que lo verifica la Iglesia; idea sublime, adulterada groseramente, en orden al alma humana, considerada como sujeto-objeto de toda religión?

Es imposible que el hombre intervenga en la vida social sin que sufra alguna mancha ni se menoscabe su inocencia y su justicia. ¿Precisa por esto ayunar, retirarse al desierto, vivir en aislamiento? Tal implicaría egoísmo: esto es imposible. Es menester obrar, combatir, luchar contra el mal, quizá con escasas derrotas, empero corriendo el riesgo de las caídas más tristes. ¡Honor á los victoriosos y piedad para los vencidos! ¡Baldón para los puritanos que se abstienen y pretenden, tras de la batalla, reprender y mandar á sus hermanos! El primero y supremo sacrificio que el hombre debe á sus hermanos es el de su propia santidad: reciba, pues, de antemano, la absolución de sus faltas, nada debiendo descuidar para preservarse del mal.

Tetzel maldijo las indulgencias; Lutero, más fanático todavía que Tetzel, desconocía la mitología. Lutero quería ser más cristiano que el Papa; esto es demasiado. Nosotros, á falta de otra ciencia, preferiríamos Rabelais y el pantagruelismo á toda la Reforma.

Las personas menos versadas en la ciencia de las

Escrituras saben hoy lo que fué, en su institución, el sacramento de la eucaristía: un ágape fraternal, una conmemoración, una obligación. En todos los pueblos, la partición del hogar, del pan y de la sal simbolizó la hospitalidad, siendo á modo del primer contrato. Entre todas las ceremonias de esta especie, la más solemne era la inmolación de una víctima, cuya carne, comida, luego de ofrendada á los dioses, parecía una adición del juramento. Moisés, dictando la ley á los israelitas, sacrifica una víctima, con cuya sangre asperja á la multitud. *He aquí la sangre de la alianza que Jehová ha pactado con vosotros*, les dice; por esta aspersión les vincula con la ley. Jesús, reformando el mosaísmo, utiliza una fórmula análoga; en lugar de la carne y la sangre de los animales, sírvese del pan y el vino: «He aquí—dice tomando el cáliz—la sangre de la nueva alianza.» Emplea deliberadamente las expresiones de Moisés, á fin de que se comprendiera mejor su pensamiento, y no se interpretase erróneamente la metáfora; advierte que pan y vino, carne y sangre, no son más que la materia, signos por sí mismos sin valor; afirma que el verdadero alimento de que debe nutrirse el fiel, es la palabra, mejor aún, la idea, sustento inteligible del alma. No hay una sola palabra, en los cuatro evangelistas, que no se relacione con esta interpretación y ofrezca la dificultad más leve.

Empero semejante racionalismo hubiese destruído la fe mesiánica. Muerto Jesús, erigesele al punto en Mesías redentor; de esta idea se pasa á la de víctima expiatoria; como víctima, debía ser sacrificada conforme el rito antiguo, según el que la víctima ofrecida para el pecado había de ser inmolada por el pecador; parecía que los cristianos y judíos debían digerir forzosamente la Justicia, la moral, la rehabilitación. Acaecerá siempre otro tanto con todo el teísmo consecuente. De igual suerte que la idea de Dios, autor y garantía de la Justicia, implica la de la caducidad del hombre, ella integra además la idea de sacramentos: sacramento de regeneración, el bautismo; sacramento de expiación, la penitencia; sacramento de justificación, por la comu-

nión ó manducación de Dios, la eucaristía. Si Dios es el principio de nuestra Justicia, el padre de nuestras almas, el guardián de nuestras conciencias, la eucaristía es una verdad. De aquí el dogma prodigioso de la *transubstanciación*, que se apercebe en San Pablo, fanático que no había oído al Maestro y que dogmatizaba por su propia cuenta; que logra su perfección en el concilio de Trento, y ha suscitado, durante dos siglos y medio, innúmeras controversias entre la Iglesia y la Reforma; de aquí, en fin, ese fetichismo eucarístico, tan honrado por el clero, y que ha sido hasta el presente un motivo continuo de sacrilegios, persecuciones y escenas bufas.

Recordemos una vez más la sentencia de los tribunales de Rouen que condenó á seis meses de prisión á un joven por haber comulgado sacrilegamente. Siendo todavía colegiales, supimos que un compañero ocultaba dentro de un sobre una hostia que conservaba de su comunión; á lo que parece, no era la primera vez que esto ocurría. Podríamos revelar el nombre de este aturdido, que recibió un castigo de índole severa muy diversa que el de Ivetot: ¡él se hizo jesuita! Nada significa esto comparado con el atropello de aquel párroco que no pudiendo convencer á un enfermo para que recibiese los sacramentos, se los administró contra su voluntad, propinándole la hostia en una tisana. Cristianos, ¿cuándo os sonrojaréis por las innúmeras imbecilidades que cometéis á impulsos de vuestra superstición?

El buen Dios es el sol, exclamaba un anciano viñador de ochenta años, que todos los domingos, mientras que los demás se hallaban en misa, recorría las calles recogiendo estiércol que porteaba á su viña. En nuestra nación cristiana, apenas existen idólatras: nosotros hemos conocido sólo á éste. Empero, ¿éralo más que el concilio de Trento, transformando en Dios el pan consagrado: más que Lutero, residenciando á su Dios en el pan; más que Calvino, pretendiendo á su vez que Dios era simbolizado solamente por el pan?

La humanidad labora sus dioses, paralelamente á sus reyes y sus nobles; forma su teología, como su economía y su política, por medio de una infatuación de

sí misma: siempre la historia de Nabucodonosor, que se extasia en su gloria y acaba por comer hierba.

Entre los salvajes, un hombre que observa fielmente durante su vida los ritos de los juglares, respeta el *Talmud*, ofrenda en los días prescritos los sacrificios, reza asiduamente sus preces, es un santo; su alma es acogida en la mansión de los bienaventurados, mientras que la del impío es precipitada en el negro abismo. Idéntica fe profesan en la India, en el Tíbet, en China, en el Islam, en todas partes; este dogma figuró en las teogonías politeístas; el cristianismo no ha añadido nada. Lejos de apercibir en esta superstición universal los rayos dispersos de una revelación primitiva, ¿no es más lógico inquirir el movimiento del alma humana que, contemplándose en el espejo de la conciencia, se afirma desde luego diferente de como es, aguardando que el análisis la enseñe á conocerse?

XV

Concluimos: la religión, cualquiera que sea el Dios, espíritu ó fetiche; sea el que fuere el dogma, teísmo ó panteísmo, vitalismo ó socialismo, resolviéndose en una mitología del pensamiento, divisa la conciencia; por ende, destruye la moral, sustituyendo la noción positiva de Justicia por una noción ilegítima.

En un solo caso, la religión podría exceptuar esta regla, á saber: cuando su simbolo ó divinidad fuera la misma conciencia, ó para hablar más propiamente, la Justicia, en la idealidad abstracta de su noción; empero entonces la religión se identificaría con la Justicia, lo que destruye la hipótesis.

He aquí por qué el cristianismo, cuyo Dios es reputado diverso de la conciencia, siquiera sea una figuración de la conciencia que, por consiguiente, constituye

en nosotros una doble conciencia, la conciencia natural y la conciencia teológica, no posee, en orden á la moral, más que los rudimentos de la verdad, un simbolismo, es decir, una afirmación figurativa de la Justicia y de la moral, empero de moral verdadera, nada. La ciencia de las costumbres y la eficacia moral derivanse forzosamente de la anulación del mito, por el retorno del alma á sí misma, lo que, hablando con propiedad, implica el fin del reinado de Dios.

El hombre, por tanto, es moral mientras que obedece á su razón reconocida como tal; habrá de serlo más á medida que se amplíe su razón; así cumplirá más virilmente la ley. He aquí su máxima de virtud: *Obras sin fe*.

Empero nosotros aseveramos que el hombre es inmoral entretanto que sigue su visión religiosa, es decir, su razón creada para obedecer los designios de lo Alto; no pudiendo detenerse en la fábula más que en la verdad, su inmoralidad será tanto más profunda que ofrendará á su ídolo con el abandono más completo de sí mismo, con una religión más absoluta. He aquí entonces la última palabra de su piedad: *Fe sin obras*.

Duplicidad de la conciencia, es decir, aniquilamiento de la conciencia; tal es el escollo fatal de toda iglesia, de toda religión. Contra él se estrella forzosamente eso que denominamos espíritu de partido, secta, casta, corporación, escuela, sistema, y también espíritu teológico.

Ahora bien; anulada la conciencia y aniquilada la Justicia, causa ocasional de la razón teológica, desvanécese á su vez la religión, cediendo al ateísmo su lugar: no al ateísmo científico que consiste, en interés de la verdad y de la Justicia, en eliminar de la conciencia toda consideración del orden sobrenatural, sino al ateísmo, padre del crimen, peculiar de los sujetos á quienes se enseña que la religión integra toda la moral y que, habiendo gastado su fe, evolucionan, sin vacilar, del menosprecio de su ídolo al de la humanidad.

No buscaremos en los seminarios, en los sagrados corazones y otras casas de educación para ambos sexos

dirigidos por el clero ejemplos en pro de nuestra tesis. Nadie ignora á qué se reducen esos abortos de la pedagogía cristiana cuando, transcurrido el tiempo de los impulsos generosos, el desfallecimiento de la fe les entrega sin defensa á las llamas de la inmoralidad. Mas ¿la sociedad moderna, tan hipócrita, tan miserable, tan desesperada, no es también hija de la Iglesia? ¿No educó ésta á nuestros padres según los principios de esta profylaxis sagrada? ¿La crítica, la ciencia, la libertad, no han agotado, en el curso de un siglo, nuestro escaso fervor? Ahora, cuando todos somos indiferentes, ¿no nos devora una corrupción insana del corazón y de los sentidos; vicios que, en otros tiempos, solamente una imaginación piadosa podía inventar, y que el mundo nunca hubiese conocido sin la religión, sin el ideal que integra su esencia?

XVI

La religión y la Justicia son entre sí como los dos extremos de la balanza: cuando uno sube, el otro baja; esto es inevitable. No digáis que implica una paradoja; esta imagen sintetiza la doctrina más pura de místicos y ascetas.

No basta para lograr la perfección aspirar á la posesión de Dios por la inutilidad de su vida y el aniquilamiento de su voluntad; precisa que demuestre su amor por la anulación de su propia Justicia, falso resplandor, según él, incapaz de ilustrarle en la senda de la santidad y la beatitud. De igual suerte que ha muerto para el mundo, la filosofía, el placer, el orgullo, el perfecto debe morir también para la conciencia; sería indigno del cielo, su virtud ofendería á la Divinidad, si conservase el destello más leve que no procediera de ésta. Así, el réprobo que la Justicia divina precipita en el infierno

y el elegido que la Misericordia de Dios acoge, se identifican en orden á la moralidad; ambos llegan paralelamente, uno por el sacrificio, el otro por la impiedad, aquél para la gloria, éste para la vergüenza, á la anulación de la moralidad, de la conciencia.

A no dudarlo, mientras que el bautizado, el redimido, el confesado, el que comulga, el confirmado conserve la fe, puede confiarse que, sólo á medias, obrará el mal; porque, respecto á la verdadera Justicia, el fiel desconócela en absoluto. Empero ¿qué acaecerá si falta á este vaso de elección la perseverancia? Perdida la fe, no resurgirá la Justicia; así veremos resumirse en un ser viviente lo que toda la malicia humana sería incapaz de producir por sí misma, un alma gangrenada, podrida.

La extinción absoluta del sentido moral, imposible en el hombre no agotado por la religión, es el mal propio de los devotos; es el cáncer del sacerdocio. Entre los clérigos y los pontífices abundan estupendamente esos monstruos en quienes la práctica razonada del crimen es un efecto del ateísmo, más aún de la doble conciencia. Ya han pasado las épocas horribles de los Alejandro VI y de los León X: la Revolución nos separa de ellos por siempre. Gracias á ella, la Iglesia, purificada, no caerá de nuevo en las abominaciones de Sodoma. Empero que la Revolución pierda sus energías, que las sentencias de los tribunales sean benignas, y presto volvería á pulular el clero, de toda jerarquía y de todo orden; la religión, primero abrazada con éxtasis, luego perdida sin apelación, conculcará toda ley social, reemplazando á sus sacramentos y sus misterios la explotación de las masas, la violación, el incesto, el adulterio, la pederastia. El secreto de la Compañía de Jesús, encubierto bajo su famoso lema *Ad majorem Dei gloriam*, se nos ha antojado siempre un pacto de tiranía y libertinaje, fundamentado sobre la superstición popular y el ateísmo sacerdotal. Deseamos de todo corazón equivo-carnos. El sacerdote que cree en la virtud por religión puede en todo momento, mientras que su fe persiste, ser un ciudadano y un justo; el sacerdote, immoral á causa

de su impiedad, sufre un espantoso suplicio; no resta más que enterrarle en un muladar.

Parece que los propios apóstoles del cristianismo presintieron este triste fin de la educación religiosa; algo les indicaba que la fe es la tumba de la moral. De aquí la vibrante controversia, suscitada de una parte entre Pedro, Santiago y Juan, y de otra, Pablo, el iluminado de Damasco, acerca de la preponderancia de la Fe y de la Justicia. Los tres primeros, discípulos inmediatos de Cristo y testigos de sus invectivas contra la hipocresía farisaica, obraban el bien, impelidos por su fe; el apóstol de los gentiles, dialéctico más hábil, sostenía que la fe por sí sola justificaba las buenas obras, é impregnando á sus adversarios con sus mismos argumentos, demostrábales que era preciso abandonar la ley de Cristo y hasta la de Dios, ó reconocer con él que el hombre no se justifica más que por la gracia y que el primer acto del cristiano debe ser morir para su propia virtud. «Todos los que hemos recibido el bautismo de Cristo—decía—somos enterrados con él; nuestro bautismo es el acta mortuoria de nuestra alma.» *Quicumque baptizati sumus in Christo, consepulti sumus cum illo per baptismum in mortem.* Esto se canta en toda la Iglesia, el día de Pascua, en la bendición de la pila bautismal: la Iglesia atestigüa por esta ceremonia que suscribe la opinión de Pablo, según la que el hombre no es hijo de Dios más que por la muerte de su conciencia.

CAPÍTULO III

El hombre ante la sociedad.—La educación eclesiástica conculca la ley del respeto mutuo

XVII

Quien quiere el fin quiere los medios.

¿Pretendemos educar ciudadanos ó esclavos, trabajadores ó indigentes, héroes ú hombres de bien? Ante nosotros ábrense dos caminos. Si la educación deriva de la doble conciencia, seguirá la senda del servilismo y la hipocresía; si parte de la Justicia, sin consideración trascendental, caminará á través de la libertad y la virtud, no corriendo riesgo de perderse.

¿En cuál de ambos caminos se internará la Iglesia?

Individuos de diversas condiciones integran una sociedad cortada por el patrón de la Iglesia según su dogma: unos—huelga notar que los más—formados para las funciones abyectas y serviles; otros para las de clase media; los menos para el maudo, la administración, el capital. Por lo demás, todos contribuyen, á falta de su celo, con sus egoísmos, sus prejuicios y aun sus vicios, al fin general.

El objeto, pues, de la educación eclesiástica será:

1.º La enseñanza del culto, es decir, la creación en las almas, de una segunda conciencia, que domine la conciencia natural: ya hemos tratado este asunto en las páginas precedentes.

2.º La adaptación al espíritu de la Iglesia, y en lo posible, la supresión de los estudios titulados profanos;